



El Rostro Bienaventurado de Jesús

En esta novena al Divino Rostro tomaremos como reflexión Las Bienaventuranzas, ellas dibujan y describen el rostro de felicidad de Jesucristo.

“Pero ¿qué significa la palabra “bienaventurado”? El que avanza en la amistad de Dios. *Esto es el sinónimo de ser discípulos de Jesús.*”

Esto es importante: las Bienaventuranzas iluminan las acciones de la vida cristiana y revelan que la presencia de Dios en nosotros es la que nos hace verdaderamente felices. En ocasiones, Dios elige caminos difíciles de comprender: por ejemplo, el de nuestros propios límites y derrotas, pero es allí donde manifiesta la fuerza de su salvación y nos concede la verdadera alegría. Quienes se dejan guiar por Jesús, siguiendo el estilo de las Bienaventuranzas, son aquellos que se dejan meter en crisis, conscientes de que *“no es Dios quien debe entrar en nuestras lógicas, sino nosotros en las suyas”*.

Se trata de una elección de vida que requiere de un camino, a veces fatigoso, pero siempre acompañado de alegría.

Escuchemos el relato que nos hace San Mateo.

📖 Mt 5,1-11

Las bienaventuranzas dibujan y describen el rostro de Jesucristo; **son la “carta de identidad” del cristiano, porque siguen el estilo de vida de Jesús.** Vivir las bienaventuranzas nos otorgará alegría y paz. Las Bienaventuranzas enseñadas por Jesús nos revelan “el camino a la felicidad”.

En su diario la Madre Pierina escribe: El reino de Jesús es reino real, de alegría, de descanso, de felicidad completa, es reino eterno. La vocación es un reino, el más grande... esta semilla fecundada por la gracia se vuelve planta.

Su camino: son promesas que sostienen la esperanza en las dificultades; quedan inauguradas en la vida de la Virgen María y de todos los santos.

Cada bienaventuranza está compuesta de tres partes: primero está siempre la palabra “**bienaventurados**”; luego viene **la situación** en la que se encuentran los bienaventurados: la pobreza de espíritu, la aflicción, el hambre y sed de justicia, y así sucesivamente. Y finalmente está **el motivo** de la bienaventuranza, introducido por la conjunción “porque”: “Bienaventurados estos porque, bienaventurados aquellos porque...”. La razón de la bienaventuranza es la “nueva condición” que recibimos de Dios.

El Papa Francisco pidió poner atención al hecho de que la razón de la bienaventuranza no es la situación “actual”, sino “**la nueva condición**” que los bienaventurados reciben como “don de Dios”, vale decir, la “razón de la felicidad”: “serán consolados”, “heredarán la tierra”, “serán saciados”, “serán perdonados”, “serán llamados hijos de Dios”, etcétera.

«¿Me dejo “desencajar por dentro”, por la paradoja de las Bienaventuranzas, o me mantengo dentro del perímetro de mis propias ideas? Y luego, más allá de las penurias y dificultades, ¿siento la alegría de seguir a Jesús? Este es el rasgo más destacado del discípulo: la alegría del corazón».

“Que la Virgen, la primera discípula del Señor, nos ayude a vivir como discípulos abiertos y alegres”, concluyó el Papa.

Los animo a leer detenidamente el texto de la Bienaventuranzas y pedir a Dios la gracia para vivirlas en medio del mundo en el que nos encontramos.

Hacemos ahora una profesión de nuestra fe en el mensaje de Jesús...

Creo que son felices los que comparten,
los que viven con poco,
los que no viven esclavos de sus deseos.

Creo que son felices los que saben sufrir,

encuentran en Ti y en sus hermanos el consuelo
y saben dar consuelo a los que sufren.

Creo que son felices los que saben perdonar,
los que se dejan perdonar por sus hermanos,
los que viven con gozo tu perdón.

Creo que son felices los de corazón limpio,
los que ven lo mejor de los demás,
los que viven en sinceridad y en verdad.

Creo que son felices los que siembran la paz,
los que tratan a todos como a tus hijos,
los que siembran el respeto y la concordia.

Creo que son felices los que trabajan
por un mundo más justo y más santo,
y que son más felices
si tienen que sufrir por conseguirlo.

Creo que son felices los que no guardan en su granero
el trigo de esta vida que termina,
sino que lo siembran, sin medida,
para que dé fruto de Vida que no acaba.

***“Bienaventurados los pobres en espíritu,
pues de ellos es el reino de los cielos”.***

Nos adentramos hoy en la primera de las ocho Bienaventuranzas del Evangelio de Mateo.

Los **“pobres de espíritu”** son aquellos que son o se sienten pobres, en lo profundo de su ser. Jesús los proclama bienaventurados, porque a ellos les pertenece el Reino de los Cielos. Para Jesús esto quiere decir que la alegría humana no se encuentra en el dinero u otros bienes materiales, sino en los dones que recibimos cada día de Dios: la vida, la creación, los hermanos y las hermanas, etc. Estamos llamados a compartir con gusto los bienes que poseemos porque de esa manera vivimos en la lógica de Dios, "que es la gratuidad".

Pero hay que destacar algo fundamental: no debemos transformarnos para convertirnos en pobres de espíritu, no debemos realizar ninguna transformación porque los somos ya. Tenemos necesidad de todo. Somos pobres de espíritu, es la condición humana.

El Reino de Dios es de los pobres de espíritu. Están aquellos que poseen los reinos de este mundo, poseen bienes y tienen comodidades. Sin embargo, sabemos cómo acaban. Reina verdaderamente quien sabe amar el verdadero bien más que a sí mismo. Y este es Dios.

Escribe la Madre Pierina: *Hoy celebró nuestro Padre... Nos hizo una breve, pero profunda meditación sobre las palabras: Si un alma no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo. Exteriormente hemos renunciado... pero interiormente, cuánto poseemos. El propio yo, la propia voluntad. Nuestro Señor renunció a todo, belleza, felicidad, paraíso, hasta el momento de Su muerte en la cruz... Yo, ¿he renunciado a todo? ¿Vivo siempre en un estado de renuncia? No. Viviré con la gracia de Dios desde este momento.*

Oración: Jesús, haz que me parezca a ti, enséñame a confiar plenamente en el Padre. Dame un corazón pobre, humilde, que sepa abandonarme en ti, como María. Ella es maestra en sencillez y en confianza.

***“Dichosos los perseguidos por causa de la justicia,
porque el reino de los cielos les pertenece.”***

Esta bienaventuranza proclama la alegría que viene de la persecución a causa de la justicia. Culmina un camino, que es el que conduce desde una vida según este mundo hacia la vida según Dios, de una vida guiada por el egoísmo a la vida del Espíritu.

Dice la Madre Pierina: *Yo le dije a Jesús: ¿Crees, Jesús, que yo te amo? Jesús le respondió: Sí que lo creo, y ¿sabes cuando lo creo más? Cuando estás en la lucha, en las tinieblas, en la desolación, cuando Tú piensas que yo te he abandonado, porque en aquellas horas, das mayor prueba de fidelidad.*

El mundo con sus ídolos y con sus estructuras de pecado no puede permitir un estilo de vida según el Espíritu de la verdad, por lo que rechaza la enseñanza del Evangelio, tachándola como un problema que se debe desechar y arrinconar. Esto muestra que la persecución lleva a la liberación interior, que rompe con las ataduras del mundo, produciendo una gran alegría, porque se ha encontrado un verdadero tesoro mucho mayor al que puede ofrecer el

mundo. Por eso, tenemos que recordar a tantos cristianos, hermanos nuestros, que sufren persecución en diferentes partes del mundo. Ellos necesitan nuestra oración y experimentar nuestra cercanía.

La bienaventuranza que hoy meditamos no debe leerse en clave victimista. De hecho, no todo desprecio de los hombres es sinónimo de persecución. Jesús nos dice que somos «sal de la tierra», y llama nuestra atención ante el peligro de “perder el sabor”, porque no serviría más que para tirarla fuera y que la pisotee la gente. El cristiano está llamado a vivir el espíritu de las bienaventuranzas y que toda su vida haga gustar a los demás el buen sabor de Cristo y del Evangelio.

Oración: Padre Celestial, que el ejemplo de nuestros hermanos perseguidos aumente nuestro compromiso cristiano, que nos haga más fervorosos y agradecidos por el don de la fe. Abre, Señor, nuestros corazones para que, con generosidad, sepamos llevarles apoyo y mostrarles nuestra solidaridad.

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados.”

¿Qué significa tener hambre y sed de justicia? Ciertamente no estamos hablando de los que quieren venganza, al contrario, en la bienaventuranza anterior hablamos de mansedumbre. Verdaderamente las injusticias hieren a la humanidad; la sociedad humana tiene una necesidad urgente de equidad, verdad y justicia social; recordemos que el mal que sufren las mujeres y los hombres del mundo llega al corazón de Dios Padre. ¿Qué padre no sufriría por el dolor de sus hijos?

Pero el hambre y la sed de justicia de la que nos habla el Señor es aún más profunda que la legítima necesidad de justicia humana que todo hombre lleva en su corazón.

En las Escrituras encontramos expresada una sed más profunda que la sed física, que es un deseo en la raíz de nuestro ser. Un salmo dice: «Dios, tú mi Dios, yo te busco, sed de ti tiene mi alma, en pos de ti languidece mi carne, cual tierra seca, agotada, sin agua» (Salmos 63,2). Hay una sed interior, un hambre interior, una inquietud...

Jesús anuncia en esta bienaventuranza, hambre y sed de justicia, que hay una sed que no será defraudada; una sed que, si se secunda, será saciada y siempre será satisfecha, porque corresponde al mismo corazón de Dios, a su Espíritu Santo, que es el amor y también a la semilla que el Espíritu Santo ha sembrado en nuestros corazones. ¡Que el Señor nos dé esta gracia: la de tener esta sed de justicia que es precisamente las ganas de encontrarle, de ver a Dios y de hacer el bien de los demás!

Oración: Jesús, Amigo de los pobres y los pequeños, infunde en nuestros corazones deseos de justicia, danos fortaleza para practicarla, para que crezca tu Reino y podamos encontrarnos contigo.

“Bienaventurados los puros de corazón porque ellos verán a Dios.”

La sexta bienaventuranza, promete la visión de Dios y tiene como condición la pureza de corazón.

Para obtener esta recompensa ¡hay que liberar el corazón de sus engaños! Este es el único camino. Es una madurez decisiva: cuando nos damos cuenta de que nuestro peor enemigo se esconde a menudo en nuestro corazón. La batalla más noble es contra los engaños internos que generan nuestros pecados. Porque los pecados cambian la visión interior, cambian la valoración de las cosas, muestran cosas que no son verdaderas, o al menos que no son tan verdaderas. Por lo tanto, es importante entender qué es la “pureza de corazón”. Para ello debemos recordar que para la Biblia el corazón no consiste sólo en los sentimientos, sino que es el lugar más íntimo del ser humano, el espacio interior donde la persona es ella misma. Esto, según la mentalidad bíblica.

Escribe la Madre Pierina: *He sentido un gran deseo de humildad y de pureza en la meditación de esta mañana, y al decirle a Jesús que me diera un corazón puro para ofrecerle, me dijo: “tranquila, que tu corazón lo he conservado puro yo, sin ningún mérito tuyo, para hacerlo objeto de mis complacencias y me ocupo yo de conservarlo siempre puro.” Me abismé en su amor...*

¿Pero qué significa corazón “puro”? El puro de corazón vive en la presencia del Señor, conservando en el corazón lo que es digno de la relación con Él; sólo así posee una vida “unificada”, lineal, no tortuosa sino simple. El corazón purificado es, por lo tanto, el resultado de un proceso que implica una liberación y una renuncia.

Es una obra de Dios en nosotros, en las pruebas y en las purificaciones de la vida. Y esta obra de Dios y del Espíritu Santo lleva a una gran alegría, a una paz verdadera. No tengamos miedo, abramos las puertas de nuestro corazón al Espíritu Santo para que nos purifique y nos haga avanzar por este camino hacia la alegría plena.

Oración: Jesús, nos dijiste: “Os daré un corazón nuevo”. Te pedimos por nuestro mundo, nuestras familias, nuestros amigos, danos a todos un corazón nuevo, una mirada limpia, luminosa, la que brota de las entrañas de Dios y lo renueva todo.

“Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios.”

La paz de Cristo es el fruto de su muerte y resurrección.

¿Cómo “da” su paz el Señor Jesús? Hemos escuchado a San Pablo decir que la paz de Cristo es “la que hace de dos pueblos, uno”, anular la enemistad y reconciliar. Y el camino para alcanzar esta obra de paz es su cuerpo. Porque él reconcilia todas las cosas y hace la paz con la sangre de su cruz.

¿Quiénes son, pues, los “trabajadores de la paz”? La séptima bienaventuranza es la más activa. Son llamados hijos de Dios aquellos que han aprendido el arte de la paz y lo practican, saben que no hay reconciliación sin la donación de su vida, y que hay que buscar la paz siempre y en cualquier caso. No es una obra autónoma fruto de las capacidades propias, es una manifestación de la gracia recibida de Cristo, que es nuestra paz, que nos hizo hijos de Dios. El verdadero equilibrio interior brota de la paz de Cristo, que viene de su Cruz y genera una humanidad nueva, encarnada en una multitud infinita de santos y santas, inventivos, creativos, que han ideado formas siempre nuevas de amar. Los santos, las santas que construyen la paz. Esta vida como hijos de Dios, que por la sangre de Cristo buscan y encuentran a sus hermanos y hermanas, es la verdadera felicidad. Son bienaventurados los que van por este camino.

Escribe la Madre Pierina: *Mi alma está inmersa en la paz... camino bajo la mirada de Jesús, a quien siento sensiblemente cercano.*

Oración: Vivimos en un mundo de violencia y de guerra; Tú, Jesús eres la Paz. Imprime en los hombres deseos de paz. Haznos instrumentos de tu paz en la vida de cada día. Enséñanos a amar a todos, también a nuestros enemigos

“Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.”

Hoy abordamos la tercera de las ocho bienaventuranzas del Evangelio de Mateo. El término “manso” usado aquí significa literalmente dulce, suave, gentil, no violento. La mansedumbre se manifiesta en los momentos de conflicto, se puede ver por la forma en que se reacciona a una situación hostil. Cualquiera puede parecer manso cuando todo está tranquilo, pero ¿cómo reacciona “bajo presión” si es atacado, ofendido, agredido?

La Madre Pierina escribe: *En el exterior, vigilancia, para ser siempre dueña de mí misma, reprimir hasta el más mínimo arrebato de impaciencia. Me costará mucho, pero Jesús lo quiere, me ayudará.*

La “tierra” a conquistar con la mansedumbre es la salvación de aquel hermano del que habla el mismo Evangelio de Mateo: «*Si te escucha, habrás ganado a tu hermano*» (Mt 18,15). No hay tierra más hermosa que el corazón de los demás, no hay territorio más bello que ganar que la paz reencontrada con un hermano. ¡Y esa es la tierra a heredar con la mansedumbre!

La Madre Pierina comenta en su diario: *He hecho un solo propósito, porque fui sacudida por “Bienaventurados los mansos y humildes de corazón porque poseerán la tierra”, la tierra, es decir, las almas a ganar para Jesús. Trabajar con intensidad para ser manso y humilde y así llevarle a Jesús muchas almas, todas las almas. He resuelto modelar mi pobre corazón demasiado humano, según el modelo Divino.*

Oración: Jesús de Nazaret, eres manso y humilde de corazón, no utilizas nunca la violencia; no buscas salvar tu vida, la entregas. Jesús danos un corazón manso, haznos humildes.

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos hallarán misericordia”.

En esta bienaventuranza hay una particularidad: es la única en la que coinciden la causa y el fruto de la felicidad, la misericordia. Los que ejercen la misericordia encontrarán misericordia.

Hay dos cosas que no se pueden separar: el perdón dado y el perdón recibido. Pero para muchas personas es difícil, no pueden perdonar. Muchas veces el mal recibido es tan grande que ser capaz de perdonar parece como escalar una montaña muy alta: un esfuerzo enorme; y uno piensa: no se puede, esto no se puede. Este hecho de la reciprocidad de la misericordia indica que necesitamos invertir la perspectiva. Solos no podemos, hace falta la gracia de Dios, tenemos que pedirla. Porque si la quinta bienaventuranza promete que se encontrará la misericordia y en el Padrenuestro pedimos el perdón de las deudas, significa que somos esencialmente deudores y necesitamos encontrar misericordia.

¿De dónde viene nuestra misericordia? Jesús nos dijo: «*Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso*». Cuanto más se acepta el amor del Padre, más se ama. La misericordia no es una dimensión entre otras, sino el centro de la vida cristiana: no hay cristianismo sin misericordia. Si todo nuestro cristianismo no nos lleva a la misericordia, nos hemos equivocado de camino, porque la misericordia es la única meta verdadera de todo camino espiritual. Es uno de los frutos más bellos de la caridad.

La misericordia de Dios es nuestra liberación y nuestra felicidad. Vivimos de misericordia y no podemos permitirnos estar sin misericordia: es como el aire que respiramos.

Somos demasiado pobres para poner las condiciones, necesitamos perdonar, porque necesitamos ser perdonados.

La Madre Pierina escribe en su diario: *...aun cuando hubiéramos caído en graves culpas, el Espíritu Santo nos impulsaría por cierto a hacer penitencia, a inmolarlos, a expiar, pero nos exhortaría también a esperar, a confiar en Dios, tan misericordioso... A desconfiar, a desalentarnos, jamás.*

Oración: Enséñanos, Señor, a perdonar como Tú perdonas, danos un corazón lleno de ternura y misericordia.

“Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados.”

La Madre Pierina escribe: *La meditación sobre el evangelio del sermón de la montaña: Bienaventurados los que sufren, me dio nueva luz sobre la bondad del padecimiento, y gran deseo de sufrir pero no como he hecho hasta el presente, en los valles... sino sobre el monte... Coraje, alma mía, y cuando tu miseria te arrastre hacia abajo, un esfuerzo supremo y arriba, arriba... propósito: sufrir sobre el monte, en la obediencia, en la unión a Jesús en la Santa Comunión.*

Esta dicha de los que lloran, en la Escritura, puede tener dos aspectos: el primero es por la muerte o el sufrimiento de alguien. El otro aspecto son las lágrimas por el pecado, —por nuestro pecado— cuando el corazón sangra por el dolor de haber ofendido a Dios y al prójimo.

Aquí hay que distinguir: hay quienes están airados por haberse equivocado. Pero esto es orgullo. En cambio, hay quien llora por el mal hecho, por el bien omitido y por la traición a la relación con Dios. Este es el llanto por no haber amado, que brota porque la vida de los demás importa.

Si tenemos siempre presente que Dios «no nos trata según nuestros pecados ni nos paga según nuestras faltas» (Sal 103,10), vivimos en la misericordia y la compasión, y el amor aparece en nosotros.

Oración: Jesús, Tú nos dijiste: "Vuestra tristeza se cambiará en alegría". Danos paciencia en la prueba y en el dolor, haznos generosos y compasivos para acompañar a los que sufren.



¡Divino Rostro de Jesús, míranos con misericordia!